

mada en 15 de junio de 1862, cediendo á la Francia la Cochinchina. Sin embargo, en diciembre del mismo año estallaron nuevas hostilidades; el gobierno francés reflexionó que era prudente restituir parte de las conquistas hechas para conservar con más seguridad la otra parte; y después de algunos nuevos triunfos militares, logró inducir á Tuduc á enviar una embajada á Francia para ofrecer cuarenta millones de duros por la evacuación completa de aquel país. Después de largas negociaciones, se convino en 15 de julio de 1864 en que la Francia conservara á Saigón y restituyera las demás provincias, recibiendo en cambio el protectorado sobre ellas, tres puertos abiertos en Cochinchina y veinte millones de duros.

Napoleón no pudo ocultarse que todas estas empresas y campañas en lejanos países no daban á la Francia ningún aumento positivo de fuerza, sino que muy al contrario empeoraban la situación de la hacienda y debilitaban la fuerza armada. A pesar de esto, el emperador, en lugar de evitar estas guerras, las buscaba, indudablemente porque esperaba encontrar en ellas sin gran riesgo una gloria militar modesta que pudiera prestarse á grandes aparatos para dar una satisfacción al pueblo francés, siempre vanidoso, satisfacción que no podía conseguirse en Europa sino á un precio que no quería arriesgar. Por este motivo prefirió aguardar con tranquilidad fatalista á que se zanjaran en Europa por medio de un congreso las muchas complicaciones que ponían en peligro la paz, creyendo además que el mismo congreso podría facilitar á la Francia los deseados aumentos de territorio del lado del Rhin. Aunque todas sus tentativas para reunir «el areópago europeo» habían fracasado, no renunció á su idea y la volvió siempre á poner en términos más ó menos precisos sobre el tapete.

## XI

## PRINCIPIO DE LA OPOSICIÓN Á LA POLÍTICA IMPERIAL.

## MUERTE DE CAVOUR

El emperador abrió el 4 de febrero la legislatura de 1861 y la Francia se preparaba á experimentar el nuevo régimen creado por el decreto del 24 de noviembre.

La cuestión palpitante, la italiana, que era la que por entonces apasionaba los ánimos, fué la primera que sirvió de pretexto á los representantes del país para empezar á hacer uso de la libertad de discusión que en dicho decreto les concedía el emperador, y quien rompió el fuego fué precisamente el príncipe Napoleón combatiendo una enmienda presentada por M. de la Rochejaquelein en el Senado á la contestación al discurso de la corona. En la enmienda se abogaba por la soberanía del Padre Santo y por los principios del antiguo derecho público, y el primo del emperador con más vehemencia de la acostumbrada pronunció un largo discurso de oposición á dicha enmienda, haciendo la apología de la política imperial en los asuntos de Italia, y acabando por decir que el Papa debía imitar la sencillez de los apóstoles, ceder Roma á los piemonteses que la necesitaban mucho más que él, y «refugiarse en un decoroso retiro desde el cual dominaría el mundo sin depender de nadie.»

Este discurso causó profunda sensación entre los senadores poco acostumbrados á tan fogoso lenguaje. El ministro del Interior Persigny mandó que se conociera en toda Francia, insertándolo en el *Moniteur de los Ayuntamientos*. De Italia se recibieron muchas felicitaciones; en Turín se le tradujo para propagarlo por Roma y Venecia, y Cavour escribió al príncipe: «El discurso de V. A. es para el poder temporal del Papa lo que ha sido Solferino para el dominio austriaco.» Contra este discurso publicó el duque de Aumale, desterrado como todos los príncipes de la casa de Orleans, un folleto en el que contestaba á los ataques que á su familia había dirigido el primo del emperador, y que llevaba el título de *Carta sobre la historia de Francia dirigida al príncipe Napoleón*, folleto que se persiguió criminalmente, siendo duramente castigados el editor y el impresor; pero no puede aducirse este hecho como prueba de que el gobierno no quería oír verdades, porque en vista de las graves acusaciones que en aquél se dirigían contra el emperador, el permitir su publicación habría sido interpretado también muy en perjuicio suyo.

La vehemente oratoria del príncipe no había hecho cambiar en el Senado una sola convicción, y así se vió cuando pocos días después hubo de votarse otra enmienda en favor del poder temporal del Papa, la cual reunió la imponente minoría de 61 votos entre 139 votantes.

En la Cámara de los diputados la actividad fué mayor, y en ella, como en el Senado, la cuestión italiana era la predominante, cuestión que no solamente influía en la política, sino que por su íntima conexión con los sentimientos religiosos había suscitado en el país verdaderas divisiones.

A medida que se desarrollaron los sucesos de Italia creció el descontento entre los partidarios del Pontificado, y ya á fines de 1859 se manifestó cierta tirantez entre los ultramontanos y el emperador, que apenas fué posible velar y mucho menos disminuir. Como las enmiendas que presentaban los obispos á la contestación al discurso de la Corona se transformaban en folletos, el ministro del Interior había decidido que, si se entregaban al comercio, quedarían sujetos al impuesto de timbre. Habiéndose establecido comisiones para recoger donativos en favor del dinero de San Pedro, una circular prohibió esta clase de colectas y sólo autorizó las ofrendas individuales recogidas por la autoridad eclesiástica.

Por más que se esforzó Napoleón por no excitar á la curia romana y garantizarle la posesión de Roma, no fué bastante para que le perdonara la guerra de Italia, y cuando con la anexión de Saboya y Niza autorizó la incorporación de la Romaña al nuevo reino de Italia, el partido adicto al Papa no le guardó ya atenciones. El nuncio del Padre Santo en París, monseñor Sacconi, desahogó su indignación abiertamente en todos los salones, diciendo entre otras cosas que de él dependía únicamente encender la guerra civil en Francia y destruir el trono del emperador. Los informes del nuncio, según decía lamentándose el duque de Gramont, eran aceite echado al fuego y excitaban al Papa, no sólo con las reflexiones políticas que hacía el nuncio, sino con la comunicación de anécdotas calumniosas y con expresiones que atribuía al emperador y que recogía la oposición más encarnizada.

«Poco ganó el emperador, dice el Dr. Bolle, cuando consiguió que después de una licencia bastante larga fuese sustituido Sacconi por Chigi, de opiniones más templadas, porque quien estaba más indignado de la política imperial era el mismo Papa; y aunque el cardenal Antonelli recomendaba en general la moderación, el ministro de la Guerra, Merode, y toda la camarilla trabajaban en sentido contrario. La correspondencia que de cuando en cuando tuvo el emperador con el Papa, aplacó un poco el espíritu de la curia romana, pero no le modificó en el fondo; así fué que Pío IX por Navidad de 1860 escribió una carta al emperador, en la cual se negó á confirmar algunos obispos y pidió que Napoleón designara un sucesor á Morlot, arzobispo de París, al cual instaban los ultramontanos á dimitir. La contestación que dió el emperador en 8 de enero de 1861 á esta exigencia fué muy franca y clara. En ella se lamentaba de que

circunstancias fatales hubiesen suscitado desconfianza y casi enemistad entre el Estado y la Iglesia, que Dios había creado para vivir en concordia. Decía que desde hacía diez y ocho meses las menores divergencias de opinión eran continuamente motivos de disputa; que había hecho todo cuanto había dependido de él para mantener en lo posible la autoridad del Papa, sin perjudicar los intereses de Francia, y á pesar de esto se le acusaba de no haber hecho bastante; que los hombres más exaltados del clero francés estaban excitados contra él; que querían obligar á Morlot á dimitir su cargo de capellán mayor de palacio, y trabajaban para crear en Francia con obispos y eclesiásticos un gobierno papal que burlándose de las leyes del país, enganchaba reclutas y recogía dinero para el Papa; en fin, que Roma se había hecho un foco de conspiraciones contra su gobierno.

»La impresión que hizo esta carta sobre el Papa fué más favorable que adversa á Napoleón. Pío IX dijo que esta vez el emperador había manifestado tan claramente su disgusto, que merecían crédito las seguridades de sumisión que daba en la misma carta. Por esta razón la contestación del Papa del 14 de febrero fué mucho más benigna y conciliadora que la del día de Navidad; mas en el fondo mantuvo todas sus quejas y el partido clerical francés continuó también en su actitud hostil.

»Un folleto de La Gueronniere, publicado á mediados de febrero con el título de *Francia, Roma é Italia*, enardeció todavía más los ánimos, y habiéndose supuesto, aunque muy erróneamente, que el emperador le había inspirado, los obispos empezaron á condenarlo en pastorales. Dupanloup, obispo de Orleans, supo conservar las formas sin menoscabo de la energía; pero Pie, obispo de Poitiers, no tuvo la menor consideración al emperador y le calificó sin ambages de Poncio Pilato, el deicida, «que pudo salvar á Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al Calvario.» A esto ya no podía callar el gobierno; se limitó respecto de Dupanloup á prohibir al prefecto y demás funcionarios elevados todo trato con el obispo; pero respecto de Pie decidió censurarle oficialmente, y el ministro de Justicia ordenó á los fiscales proceder judicialmente contra aquellos eclesiásticos que en sus ataques al gobierno faltasen á la ley. También se tomaron disposiciones severas desde principios del año 1860 contra las sociedades católicas que se hacían instrumentos de hostilidad; y tan pronto como algún periódico se excedió de los límites de prudencia, que en general supieron guardar, conforme sucedió á la *Gazette de Lyon* y al *Univers* de Veullot, no titubeó el gobierno en atemorizarlos con sus advertencias ó en suprimirlos para hacerlos inofensivos. Hasta la reproducción de una carta dirigida por tres diputados clericales al emperador fué castigada con la prohibición del periódico *La Bretagne*, que la había publicado. Pero suprimiendo los síntomas, no se suprimía el mal, que consistía en la hostilidad de los ultramontanos al imperio, hostilidad que iba ganando terreno entre los miembros clericales del cuerpo legislativo, aunque elegidos en calidad de candidatos oficiales.

»Los diputados Kéller, Plichón, Anatolio Lemerrier y otros no tardaron en ser adversarios del gobierno imperial, tan molestos como los cinco diputados republicanos, y detrás de ellos se hallaba un número mucho mayor de indecisos, que si bien no llegaban á lanzarse francamente á la oposición para no imposibilitarse en las próximas elecciones, se dejaban arrastrar en ciertos casos por sus simpatías religiosas. Así en la sesión del 22 de marzo, en el debate sobre la cuestión italiana, pidieron la supresión de un pasaje de la contestación al discurso de la corona en el cual se censuraba la resistencia del Papa á los sabios consejos del emperador. La enmienda presentada á este efecto fué rechazada sólo por la protesta enérgica de Baroche, pero á pesar de esto tuvo á su favor 91 votos contra 126.»

De todos los incidentes de la legislatura, este fué el más memorable. Por la primera vez desde el establecimiento del Imperio surgía una oposición imponente, y no en una cuestión de negocios, sino en una cuestión política. Hasta entonces no había habido más que una oposición, la de los cinco diputados republicanos que formaban la extrema izquierda; en adelante habría otra, la de los noventa y uno; y esta oposición, oscilante aún y fácil de reducir, podía vigorizarse un día si no se tenía cuidado con ella. El gobierno no se engañó, y sintió tanto más este fracaso relativo, cuanto que estaba acostumbrado á mayor docilidad.

La principal oposición partía de los ultramontanos de la Cámara; pero no pudiendo el gobierno reducirlos al silencio, extremó sus medidas de rigor contra la prensa que los apoyaba y estimulaba su oposición; pero en lugar de denunciarlos por la vía jurídica, empleó las armas que le facilitaba la ley de imprenta, con lo cual demostró lo poco que había modificado su espíritu. Con igual crudeza utilizó el poder que le daba la ley sobre asociaciones, y casi simultáneamente prohibió á los masones reunirse para la elección del Gran Oriente, y disolvió las comisiones centrales y departamentales de la sociedad ultramontana de beneficencia de San Vicente de Paúl, con lo cual dió á esta sociedad un rudo golpe; bien es verdad que se había hecho desde unos dos años antes el foco de resistencia contra la política italiana del gobierno, y dirigía además la recaudación del dinero de San Pedro, la cual utilizaba para manifestaciones hostiles. En sus comisiones figuraban en primera línea orleanistas y legitimistas muy notables, y según decían los prefectos, estas comisiones formaban un Estado dentro del Estado.

El famoso decreto del 24 de noviembre había tenido, pues, un resultado contraproducente: habíase iniciado una oposición ostensible, que sin duda el emperador no esperaba al promulgar aquel decreto. Verdad es que su popularidad no había sufrido aún sensible menoscabo, pero la confianza en su cordura y prudencia no eran ya tan grandes como antes. Desde el golpe de Estado todos los hombres de orden se habían adherido á su política; pero los incidentes de la cuestión romana los dividió en dos partidos, y la oposición, que sólo contaba

cinco diputados en las Cámaras, aumentó en las próximas elecciones, conforme más adelante veremos. En todos los negocios comenzaba á observarse una dirección menos firme al llegar el año 1861, se notaban corrientes contradictorias y de cuando en cuando señales de inquietud que contrastaban con la tranquila seguridad de los primeros años.

El Imperio había llegado á su apogeo; pronto se iniciará su decadencia.

En el entretanto, Víctor Manuel había abierto el Parlamento italiano el 18



M. Dupanloup, obispo de Orleans

de febrero de 1861, y por vez primera se encontraron reunidos en un mismo recinto los representantes de toda Italia, desde el Piamonte hasta Sicilia. La primera resolución que se votó fué la de cambiar el antiguo título de rey de Cerdeña que llevaba aquel monarca por el de *rey de Italia*, con lo cual se sancionaban sus conquistas. Italia estaba en efecto completa á excepción de Roma y Venecia. De ésta última apenas se atrevían á hablar los diputados; pero Roma era el objeto de todas las aspiraciones, y el ardor de los piamonteses por adquirir la Ciudad Eterna sólo era comparable con el celo de los católicos por disputársela.

Por esto una de las cuestiones que en el Parlamento se pusieron á la orden del día fué la romana. Invitado Cavour á dar explicaciones sobre sus miras res-

pecto de este asunto, lo hizo en tres largos discursos cuya síntesis se redujo á lo siguiente: «Roma debe ser y será la capital de Italia.»

«Hacía algún tiempo, dice M. de la Gorce, á quien varias veces hemos citado, que el exceso de trabajo, las emociones, las cavilaciones, habían alterado su robusta salud, y las frecuentes sangrías, remedios habituales de sus indisposiciones, habían acabado por disminuir sus fuerzas. Pero nadie lo notaba, excepto sus servidores; su actividad era la misma; su talento seguía tan apto como antes para abarcarlo todo, y su elocuencia había aumentado. Su extraordinaria labor exigía una violencia de trabajo inaudita que poco á poco minaba el cuerpo, y en breve debía dejarle sin defensa contra todo nuevo ataque. Un solo remedio hubiera sido eficaz, el reposo; pero Cavour, aunque no desistía de adoptarlo, lo aplazaba indefinidamente. En ciertos momentos hablaba á sus más íntimos amigos de su retiro, de la tranquilidad de que disfrutaría en su finca de Leri; decía riendo que no iría á Roma porque no era artista; que una vez constituida la monarquía, dejaría á otros la tarea y pasaría sus últimos días entre los turineses, á quienes quería mucho y de quienes era querido. Sin embargo, los negocios daban al traste con sus propósitos, hasta el punto de consumir la vida que le quedaba. Su pensamiento tenía que atender á toda clase de asuntos: ya al reino de Nápoles, siempre levantisco á pesar de las seguridades que en contra se le daban, y hasta entonces rebelde á todo ensayo de asimilación; ya á Francia, benévola sin duda, pero algo lenta en imitar á Inglaterra y en reconocer el nuevo reino; ya sobre todo á la insoluble cuestión romana. En el interior, el embarazo no era menor para asegurar el funcionamiento de un Estado ensanchado en gran manera, escoger entre la centralización y el sistema ya preconizado de las *regiones*, proveer á los gastos de una organización enteramente nueva y disciplinar en fin á los numerosos auxiliares que había tenido que dejar crecer ó tolerar. El más molesto de estos auxiliares era Garibaldi, que se quejaba, con extraordinaria amargura, de la suerte que había cabido á sus compañeros de armas. Garibaldi fué á Turín, provocó un debate en el Parlamento, y en un discurso lleno de invectivas acumuló todos los agravios de los que habían sido sus soldados. La discusión, abierta el 18 de abril, duró tres días. Fué un duelo implacable entre Garibaldi y el primer ministro. Este salió victorioso de la lucha, pero á costa de un esfuerzo que le consumió. Algunos amigos que le acompañaron á su casa después de las sesiones, se quedaron aterrados al ver su palidez lívida, la sobreexcitación febril que contrastaba con su sangre fría habitual, y desde aquel día empezaron á dudar de que el que había sido tanto tiempo su jefe pudiera soportar hasta lo último su abrumadora carga.»

El 29 de mayo de 1861 se manifestó resueltamente el mal en forma de fiebre violenta acompañada de vómitos, y aunque dos días después pareció ceder á los remedios, al tercero recrudeció, y el 5 de junio el enfermo hizo llamar al cura de Nuestra Señora de los Angeles, con quien confesó y de quien recibió los sacramentos diciendo: «Quiero que el pueblo de Turín sepa que muero co-

mo buen cristiano.» A las nueve de la noche Víctor Manuel visitó á su primer ministro, el cual le conoció, quiso incorporarse y exclamó: *Ah Maestá!*; pero en seguida perdió el conocimiento. A la mañana siguiente, el ilustre enfermo exhaló el último suspiro.

Amigos y adversarios tributaron grandes honores á su memoria. Inglaterra fué la primera en enviar solemnes pruebas de duelo y de simpatía, y el gobierno francés, por su parte, quiso dar á Italia, privada de su gran ministro, la prueba de benevolencia que hasta entonces había diferido: algunos días después reconoció el nuevo reino, y este fué el homenaje póstumo tributado al que acababa de desaparecer del mundo de los vivos.